

Ahíta de sacar brillos, deja crecer ese YO rebelde, que le está gritando que arrincone la escoba y la gamuza, y aprenda a vivir aunque sea un poquirritín... por su cuenta.

A su estado de depresión se van sumando los negativos ingredientes cotidianos:

- Oye, ¿dónde está mi corbata a rayas? - No sé que haces todo el día... ni siquiera sabes donde esta cada cosa; claro todo el día viendo la tele..
- Pero de que te quejas... ¡Trabajo el mío! etc. etc.!

¡Claro que no sabe donde está tal o cual cosa!; ya no le interesa saberlo. Se dedicó tantos años a ordenar y recoger que ya todo el da un bledo. Su mente, ejercita esos mecanismos de compensación que la transportan cada día a un mundo de fantasías, la aleja a parajes lejanos fantásticos viajes que nunca pudo realizar, porque anhela romper con sus frustraciones y dar libertad a su super-ego.

Sus primeros pasos de rebeldía pueden ser tan diversos que desconcierten a sus inmediatos. Señalaremos algunas pautas:

- Alejamiento involuntario del marido (a quien comienza a ver con resentimiento por haberlo marginado).
- Exagerada preocupación por su apariencia, dándose cambios drásticos en el vestir y en el peinado (pretende ser distinta a la que fue y ser mujer nueva).
- Acudir a aquellos lugares de reunión social más bien acaparados por hombres. (Deseo de igualdad o desquite).
- Aceptar en su mente paradigmas que siempre rechazará, tales como divorcio, cambio de pareja...
- O el más negativo; sentir autocompasión y refugiarse en sus lágrimas, abandonando cuanto antes le interesé.

En detrimento de esa etapa de autovaloración, puede concurrir un cambio parecido en su pareja. Ese "cambio", podría denominarse el "Síndrome de los cincuenta".

El hombre habituado a ir por la vida de ser superior, tarda mucho en aceptar -algunos ni lo aceptan- que su organismo también pierde facultades, pero sabe que la andropausia llegará con los cambios fisiológicos y ese temor, le convierte en un ser irritable y descontento. Piensa que debe tomar cualquier tren sin detenerse a averiguar a que destino ¡Eso no importa!, lo que importa es que va aproximándose al kilómetro 50 y detrás de esa cifra puede haber una terrible incógnita; por eso lo único que le importa es lo que puede abarcar en ese lapso de tiempo.

Pero ¿a quién responsabilizar de sus males?, pues a su mujer... ¿Cómo no?. Ella ya no le atrae; se ha vuelto una insolente desagradecida; una snob de galería; no le comprende... y, trata de buscar a alguien... -siempre mucho más joven- que le comprenda.

Ahora bien, en justicia, ¿por qué es casi siempre el varón el que habla de divorcio?; simple y llanamente porque tiene una independencia financiera que se lo permite.

Consecuentemente la mujer debe plantearse de cara al futuro, alcanzar esa meta independentista. Ese será el único medio que la redima del vasallaje que salvo raras excepciones, debe rendir al varón. Para ello, debe procurar desde la infancia, conseguir un futuro sólido por sí misma. Para que si trabaja, sea remunerada o al menos considerada por el trabajo que desempeña; para que si se ve en la contingencia de tener que romper con una situación insostenible, pueda hacerlo; y para probar que es un ser pensante e inteligente al que nadie deba menospreciar.

Para evitar males mayores, debemos educar a hijas como a los hijos en igualdad de condiciones. Si los padres continuamos generando discriminaciones, seremos los responsables de un futuro desgraciado de nuestra propia familia. No olvidemos que estamos construyendo y que un buen constructor exige buenos cimientos en su obra, pero también se asegurará de que no haya goteras, porque unas simples goteras... pueden resquebrajar y destruir la obra más sólida.

L. MARTINEZ TOREA

